

viejo muro donde la barba cobrara aspecto de musgo ruinoso. Desesperado invocó a Lucifer que vino con grande apremio y muy solícito. El joven pesimista le ofreció el alma a condición de conservarse recio y flexible, en tanto llovieran sobre la tela que aprisionaba su silueta con toda la avaricia del ansia, los días y los años.

Trotó alígero el tiempo.

El retrato habíase encanecido y arrugado. Gray, en cambio, reía jovialmente en las cortes, escanciando vinos importados de países remotos, en los labios de las mujeres que mayores disputas movían, de quienes el favor más leve costaba la muerte de muchos gentiles. Al cabo, una tarde que sintió en el alma ese desconuelo de los caserones abandonados, hubo de entrar en la estancia donde la imagen del retablo agonizaba. Horrorizado, blandió el espadín pendiente de su cinto, y lanzóse contra el fantasma górico moribundo.

En aquel instante el éstigma de la proyección cayó sobre el cobarde de la vida.

La muerte se acercaba riendo su antipática risa cínica, con ese rictus burlón que le da la superioridad.

Es entonces cuando Wilde acumula todo el espanto en una mueca del miserable que se había petrificado durante un minuto vicioso de la existencia, para erguirse sobre su pasado en la inercia inconsciente de las estatuas.

Sin embargo, el mayor dolor allí no era el de perder la vida, sino el de no haberla logrado.

Porque, precisamente vivir es cambiar la serie de suspensivos que al nacer llenan nuestro horizonte, por una columna en marcha de rectificaciones. Detenerse en un punto equivale a rendirse. Y de igual guisa fué vencido el que hizo de su cuerpo un jarrón para poner en él las flores de los prejuicios que la mucha usanza tiene por virtudes, que el otro que se convirtió en cariátide y sostiene sobre las espaldas los atributos del mal.

Luchando por el propio mejora-

miento, sabido es, se abraza el ajeno. Pero, hay que entenderlo bien, batallar no es someterse a la falsa bondad de las ordenanzas policiacas, puesto que los que de tal modo se manejan, podrán ser, según asegura un pensador del Plata, «hombres hechos con retazos de catecismo y albaquias de vergüenza, pero nunca héroes, ni santos, ni genios».

Poseen la discreción de los postes telegráficos que desconocen el secreto vibrante en los alambres

No se llega a lo excelso por la brecha que abrió la honestidad mediocre disfrazada con el peplo de la virtud. El enervamiento que acarrea la petrificación anímica en el bien convencional de nuestro medio pobre, en nada difiere de la laxitud que impide al vicioso nadar hasta las playas del crimen, pues ninguno de entrambos impulsará el golpe de ala que nos encumbra hasta la altura, y los dos en su impotencia para el bien y el mal, claman al unísono que la vida es demasiado corta, tanto que no logramos alcanzar fin alguno, no siendo en verdad breve ni larga, sino de las proporciones que le demos al desarrollarla, ora vana, ya intensamente. Así la fantasía helénica puso a un niño a recibir de manos de un genio tallado en lumbré que surgió de las tinieblas, el ovillo de la existencia, arcánico, tal, una gota de semen. Luego la ígnea aparición se resolvió en un lampo, y el infante comenzó a desenvolverse el hilo, temblón, inseguro, cual si hiciese la autopsia del misterio. En los límites de una noche fué hombre: brotáronle en el pecho los sentimientos; las ideas en la mente; y de mísero oficiante del penar, pasó a potentado domador de los placeres.

En una sola noche avanzó todo un siglo.

En cambio los siglos pasarán sobre los conformes, desprovistos de curiosidad, sin moverlos, dejándolos siempre en el estado de fósiles morales, mientras sigue la ética cambiando con la misma facilidad que la luz en una piedra de múltiples facetas; por lo